

En esto pensad

Filipenses 4:8

Lecturas de edificación cristiana

Contenido

Alzaré mis ojos a los montes	1
Una sola cosa	4
Fuego para los que tienen frío, y alimento para los que tienen hambre	10
Entre las ovejas del pastor	19
Pensamiento	23
La libre acción del Espíritu Santo	24
Carta de F. Prod'hom	32
Ha resucitado el Señor verdaderamente	33

Año XI. N° 1

Enero - Febrero 2006

EN ESTO PENSAD

LECTURAS DE EDIFICACION CRISTIANA

Es una publicación de distribución gratuita que se sostiene con las oraciones y la contribución de los hermanos que deseen colaborar.

Para toda comunicación referente a la publicación, sírvase dirigirse a:

Roberto Jorge Arakelian
Cap. Cairo 546
(1842) Monte Grande
Buenos Aires
Argentina

©2006 Todos los derechos reservados. Editor: Roberto Jorge Arakelian.
Los artículos editados en otros idiomas se han traducido con el permiso de sus editores. Derechos de traducción reservados. Permiso de reproducción únicamente de forma completa y sin cambios. Queda prohibido utilizar este material con fines comerciales y/o cobrarlos.

NOTAS ACLARATORIAS

Las citas bíblicas utilizadas en esta publicación son tomadas de la versión Reina-Valera Revisada en 1960. Sin embargo, hay ocasiones en que la claridad del texto requiere el empleo de diferentes versiones, tales como la Versión Moderna u otras. Excepcionalmente, puede ser necesaria la traducción directa de la versión usada por el autor de un determinado artículo. En cada caso se indicará la versión empleada.

Abreviaturas:

BAS	=	Biblia de las Américas
RV 1909	=	Reina-Valera Revisión 1909
RVR 77	=	Reina-Valera Revisión 1977
RVA	=	Reina-Valera Actualizada 1989
VM	=	Versión Moderna (H.B.Pratt, revisión 1929)
N.T.I. <i>Gr./Esp.</i>	=	Nuevo Testamento Interlineal Griego-Español (F. Lacueva)
VHA	=	Versión Hispanoamericana (Nuevo Testamento)
<hr/>		
(<i>M. E.</i>)	=	<i>Messenger Évangélique</i>
<hr/>		

Las citas bíblicas textuales se encuentran entre comillas: “ ” y las citas no bíblicas entre comillas: « »

ALZARÉ MIS OJOS A LOS MONTES

(Salmo 121:1)

Un año más acaba de transcurrir. Y cuando miramos hacia atrás, hacia nuestro pasado, la expresión **Eben-ezer** (hasta aquí nos ayudó Dios) viene a nuestra memoria, a nuestro corazón y a nuestra conciencia. Por cierto, en nuestro caminar no han faltado los pasos en falso; sin embargo, ¡hemos recibido tanta Gracia, tantas gracias! Permitid que uno, cuya carrera parece estar llegando a su final, os llame la atención sobre dos temas que el Señor le ha puesto en su corazón.

Uno es el ministerio escrito, precioso y abundante, que nos han legado los guías del siglo XIX, el cual ya enriqueció a las generaciones contemporáneas del gran Despertar, es decir, del clamor de medianoche (véase Mateo 25:6), y a las que le sucedieron.

Oramos para que, hasta la venida del Señor, los creyentes más jóvenes también beban, a su turno, de ese ministerio. Pero que estas nuevas generaciones jamás olviden que la “lámpara” a los pies de los santos y la “lumbera” a sus caminos (Salmo 119:105) no son cosas que se aprenden pasivamente.

Los escritos que vieron la luz desde aquel tiempo son de muy grande importancia. Dios obró para que se expusieran abundantemente. Ellos son irremplazables, pero siempre nos conducen a la fuente de la que es preciso beber: la Palabra de Dios.

Otorguémosle, pues, a las Escrituras todo su lugar como “Palabra viva”. Nuestra mente renovada ¿dejaría de acudir a ella? ¿No oraremos pidiendo que podamos aprovechar de la lectura de los escritos mencionados, no inspirados, por cierto, pero que están a nuestra disposición para alimentar nuestra vida espiritual? ¿No anhelaríamos más ser de aquellos que “temen a Jehová”, a quienes “enseñará su carrera” (Salmo 25:8, 9, 12)? Pero al mismo tiempo, guardémonos de hacer de tales escritos un código de aplicaciones formalistas, que nos velaría la pura y única Luz.

Por otra parte, temamos a todo lo que fue añadido a la simplicidad de la reunión de los dos o tres congregados hacia el nombre del Señor Jesús; asimismo temamos a todo aquello que se quiera agregar a los recursos y medios infinitos que están ligados a tal reunión, en la que se disfruta la presencia del Señor, la acción y la unción del Espíritu Santo, la Palabra, la oración.

Temamos, pues, a toda organización paralela, a toda agrupación que, por buenos que puedan ser sus objetivos, esté fundada sobre otros principios que el de la unidad del cuerpo de Cristo. Temamos a tantos peligros que hacen correr el riesgo de conducir a los santos al camino organizado, estructurado y planificado de una secta.

Jamás perdamos de vista lo que es la Iglesia y lo que es reunirse en el nombre del Señor, justamente para dar testimonio de la realidad de ello.

Por eso “alzaré mis ojos a los montes...” Estos últimos son un símbolo del poder inmutable de Dios y de su gracia. De allí proviene el socorro.

Jehová llamó a Moisés al “monte de Dios” (Éxodo 19:3 y 24:12-18). El Señor llamó a los suyos al monte (Marcos

3:13). Monte arduo de escalar a causa de lo pesados que son los fardos que nos dificultan ese ascenso.

Sigamos considerando algunos montes simbólicamente. Desde la cumbre contemplamos la tierra (**Nebo**: Deuteronomio 34:1-4), y al pueblo en su conjunto (**Peor**: Números 23:28 y 24:2).

En **Ebal**, Cristo sufrió la maldición de Dios en lugar de nosotros; y de **Gerizim** (Deuteronomio 27:12.-13) provienen todas las bendiciones, aquellas con las cuales somos bendecidos en lo alto, en los lugares celestiales.

Moriah... allí donde Dios no escatimó ni a su propio Hijo, donde también el juicio se encontró con la gracia, seguro fundamento de la morada de Dios en la tierra (Génesis 22:2; 2.º Samuel 24:16; 2.º Crónicas 3:1). Y la ley de esta casa de Jehová es justamente “la cumbre del monte” (Ezequiel 43:12), un lugar estrecho y elevado; moralmente lo contrario de los valles, donde todo se mezcla porque en éstos hay lugar y amplitud.

En **Sion**, monte de la gracia real (Salmo 2:6), se descubre ante nuestra vista un porvenir de bendiciones para Israel y las naciones.

En lo alto, sobre el “monte santo” (2.ª Pedro 1:17-18), consideramos a Cristo en la gloria, en su belleza, y admiramos el camino que marcaron los pies de Aquel “que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación” (Isaías 52:7).

Permanezcamos sobre el monte para ver únicamente “a Jesús solo” (Marcos 9:8), lo más lejos posible de los clamores del mundo, de sus disonancias y de sus gritos (Éxodo 32:17-19); muy cerca, lo más cerca posible de las nubes —allí a donde seremos arrebatados para encontrarnos con el Señor en el

aire—, es decir, en la posición moral más apta para esperarlo.

Por lo tanto, alzaré mis ojos a los montes... y “esperaré, esperaré”¹⁾.

Alcemos juntos nuestros ojos... y esperemos, ¡esperemos juntos...!

P. Fuzier (M. E. 1984)

1) El autor de este artículo, extrae y cita aquí originalmente dos expresiones (“yo esperaré, yo esperaré”) de los versículos 2 y 7 del capítulo 18 del libro de Isaías que, en la Biblia versión J.N. Darby en francés, se encuentran traducidos así: “Una nación que espera, espera”. La versión Reina-Valera 1909 traduce ambas expresiones: “Gente harta de esperar”, donde la traducción Reina-Valera 1960 vierte: “Gente fuerte y conquistadora”. (N.del T.).

UNA SOLA COSA

“Sígueme”

(Mateo 19; Lucas 18; Marcos 10)

¿Qué le faltaba aún a este joven excepcional, que quería hacer algo para obtener la vida eterna? Él lo tenía todo: juventud, prestigio (era un principal del pueblo), era muy rico y, además, era recto, inteligente y amable; su vida era irreprochable ante los ojos de los hombres y estaba convencido de que había guardado la ley de Dios. ¿Sentiría la necesidad, algo imprecisa, de una mayor santidad? ¿Esperaba que el “Maestro bueno” a quien le dirigió su pregunta, aprobara su conducta? ¿Esperaría que le dijera: «Tú has hecho todo lo necesario, eres perfecto;

¿quién podría heredar la vida eterna si tú no la obtuvieses mediante tu conducta?» “Entonces Jesús, mirándole, le amó”; no reprendió al joven cuando éste afirmaba que había observado la ley desde su juventud. Pero el mismo Jesús iba a iluminar con su luz el fondo del corazón de este hombre; así iba a hacer que se manifestase el verdadero estado en que se encontraba ese corazón que no se conocía a sí mismo. El joven se fue triste. Quizás estaba dispuesto a pagar un buen precio por la vida eterna, pero no el precio que le proponía este Rabí. Dar a los pobres, de acuerdo, él ya lo había hecho, ¿pero despojarse completamente de sus bienes y, para colmo, seguir a este Maestro en su camino de oprobio!?

El joven, pues, no era perfecto, mientras que es necesario serlo para tener la vida eterna (Romanos 2:7). Jesús aguijoneó la conciencia de este hombre y lo hizo enfrentar una disyuntiva; él tenía que escoger entre dos cosas totalmente opuestas. Todo o nada. Tú o Yo. ¿No sabes que no se puede tener a la vez el mundo y al Cristo rechazado por éste; que no se puede tener a la vez el mundo presente y el mundo venidero? Finalmente, se trata de decidir acerca de tu vida terrenal: o Jesús que te promete la vida eterna y un tesoro en el cielo, o tus bienes. El rico, como tantos otros, sean ricos o pobres, no se desvelaba por el cielo. Sus pensamientos se centraban en las cosas de la tierra, aun cuando lo hacía como un judío sincero. Tenía su esperanza en el Mesías que habría de venir, a quien Israel esperaba, pero que visiblemente no reconoció en Jesús de Nazaret. Desgraciadamente, eso es característico del hombre en todos los tiempos, del hombre natural, irreductiblemente enemigo de Dios (Romanos 8).

“Sígueme”, yo he venido desde mi morada eterna a lla-

mar te para que me sigas, me anonadé, me hice pobre y me humillé, por obediencia a mi Padre, para que tú puedas heredar la vida eterna mediante mi muerte. “Sígueme”; es cierto que mi camino en este mundo es doloroso, pero termina en la gloria celestial. ¿No ves que la multitud de tus bienes te alejan de Aquel que quiere tu verdadero bien? ¡Quítate ese peso de encima! ¡Ven sígueme!

Él se fue “muy triste”. El llamado no había hecho efecto. Jesús prosiguió con sus discípulos, de los cuales este joven no quiso ser compañero. Y ya no se habla de él...

“Sígueme, es el llamado inicial, el llamado al que uno no puede responder si no discierne que Aquel que llama es el Hijo de Dios.

Oír su palabra
(Lucas 10:38-42)

Marta recibía en su casa a Aquel a quien, poco después —e incluso en su ignorancia— le diría: “Tú eres... el Hijo de Dios que ha venido al mundo.” Ella se afligía ocupándose en muchas cosas, a fin de que su hospitalidad fuese digna de un huésped honorable. Pero Él, quien sentía más felicidad en el hecho de dar que en recibir, brinda en este mundo ruin el bien más precioso, la Palabra de Dios. Se trataba, pues, de oír esta palabra. María lo había comprendido. Ella, insensible a los reproches de su hermana, la cual reprendía indirectamente a Jesús mismo, se sentó a los pies del Señor y lo escuchó. Hoy, como entonces, es lo único valedero.

Pero, se dirá: ¿cómo podríamos hacer esto en nuestros días? Es una pregunta que, por cierto, se formula la inmensa ma-

yoría de las personas. ¿Cómo llevar a la realidad lo que cantamos en un himno: «*En un silencio que nos hace olvidar de todo, Jesús, para dejarte hablar, dejando las horas correr*»? ¡Es imposible en este mundo frenético, febril, sobreexcitado, que acelera cada vez más la velocidad de sus cambios! Es imposible en un mundo amenazado por todas partes y que a la vez tiembla y se aturde, en una civilización vacilante, donde el dinero es rey y dios, donde predomina la violencia; en medio de una sociedad conmocionada, donde hay multitudes que se entregan a la inmoralidad, al ocultismo, a las prácticas más irracionales y a infinidad de otras cosas. ¡No, verdaderamente, no nos pidan lo que es imposible!

Habría aún muchas cosas que añadir a lo escrito más arriba. Sería inútil recordar que hace pocos años se trabajaba más apaciblemente, pero sin descanso alguno. La existencia desenfrenada en nuestras ciudades —y que gana rápidamente nuestras zonas rurales—, abarca días de descanso, de «tranquilidad», que se multiplican, de manera que se encuentra suficiente tiempo para las distracciones, costosas o no, para mirar la absorbente televisión, para lecturas malsanas, etc.; pero ya no se encuentra tiempo para escuchar, y escuchar su Palabra. Además de todo esto, podemos hablar de los momentos perdidos mientras se espera un autobús o se busca lugar para estacionar en lugares atestados de vehículos. A pesar de ello hay muchos instantes en que el alma, aunque no tenga la posibilidad de leer la Biblia, puede aprovechar la ocasión para gozar de un momento de recogimiento y para alimentarse.

Por otra parte, lo que se quiere ignorar —y ésta es una de las grandes características de nuestra época— es el creciente número de personas solitarias que sufren por el hecho de estar

privadas de contacto humano y que no saben cómo «matar el tiempo». Esto es la contrapartida de la existencia, fatigosa hasta el agotamiento, vivida por personas que esperan un final semejante desde que se retiran de la vida laboral; una existencia sin objetivos y sin esperanza. Y vemos que estas personas recorren las calles, que los niños son dejados a su propia voluntad, totalmente abandonados, o que lo son durante las horas de trabajo de sus padres. Todo esto sin hablar de la inquietante falta de trabajo. Enfermos, ya sea en sus físicos o en sus mentes, depresivos, deprimidos, colman los hospitales, las clínicas y las casas de reposo. A menudo, las dificultades de alojamiento impiden que las familias mantengan a los tales cerca de ellas. Se podría concluir el tema de esta creciente marea de necesidades resumiéndolo en esta frase: no ser dejado solo. Creyentes, comprendamos mejor nuestro deber de presentar a estas almas al divino Amigo.

Pero primero sepamos “escuchar” su Palabra nosotros mismos. Si no podemos permanecer “a sus pies” como María, Él es el que viene a decirnos: “Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin.” Reconozcamos la voz del buen Pastor. Ella se hace oír siempre y por todas partes, pero necesitamos tener el oído despierto (Isaías 50:4). Esta voz conocida quiere hacerse oír en el curso de nuestro trabajo, cualquiera que sea nuestra profesión, tanto en la oficina como en la fábrica, así como en el campo. Dicha voz debería constituir para nosotros como un fondo sonoro, dulce, suave, tranquilizante, permanente, que persiste a pesar del bullicio que nos rodea. Ejercitémonos para dar tal testimonio feliz frente al enfermo que está en su cama, cerca del aislado, en las cárceles, en el tren, etc.; esa voz no debe dejar de resonar en cada uno de los suyos.

Correr derecho hacia la meta (Filipenses 3:14)

El apóstol Pablo decía: “Una cosa hago.” Él había sido tomado, “asido por Cristo” y ahora procuraba “asir” el premio prometido al vencedor de la carrera. Nosotros bien sabemos que nadie pudo alcanzar dicho premio aquí abajo, pero todos estamos invitados a proseguir, como si cada uno pudiera obtenerlo; ¡en el cielo no habrá competencias! Se habrá “alcanzado” el mismo objetivo: Cristo mismo. Habrá recompensas, según su tribunal, pero todos tendrán parte en su gloria, y cada uno se sentirá plenamente satisfecho, así como también Él lo estará.

El joven rico no respondió al **llamado inicial**: “sígueme”. El fiel apóstol oyó el **llamado final** y respondió a él. El primero implicaba dejar de lado bienes materiales; el segundo, dejar de lado las ventajas espirituales de las que Saulo de Tarso podía prevalerse, olvidar “lo que queda atrás”. Esas ventajas eran un obstáculo para la carrera, tanto por los malos recuerdos como por aquellos de los que la carne se valdría con todo gusto a causa de la buena opinión que ella tiene de sí misma. Este llamado final viene de lo alto, no de la tierra; es para los ciudadanos del cielo. ¿Cuál hemos recibido?

Queridos hermanos y hermanas, séanos concedido — pues todo proviene de la gracia— contarnos entre aquellos que piden para recibir, siguiendo al Señor en su perfecta obediencia, siguiendo a Aquel que fue deshonrado por el mundo; siguiendo al Señor, de quien oímos la Palabra sin cesar; **olvidando** lo que queda atrás, pero a la vez **prosiguiendo**, para extendernos con esfuerzo hacia “lo que está delante”; con esfuerzo, pero con la fuerza que Dios provee. Entonces, sin dificultad, ¡nos encontra-

remos en el mismo camino! Éste es nuestro deseo, acompañado de oración, en los comienzos de un año nuevo.

A. Gibert (M. E. 1985)

FUEGO PARA LOS QUE TIENEN FRÍO, Y ALIMENTO PARA LOS QUE TIENEN HAMBRE

“Al descender a tierra, vieron brasas puestas, y un pez encima de ellas, y pan” (Juan 21:9).

A menudo nos sorprendemos al ver los constantes cuidados que Dios nos prodiga en las circunstancias comunes de la vida. ¿No hemos dicho a veces, con ansiedad: “¿Qué comeremos mañana?” Luego, a la mañana, al correr las cortinas de la tienda, hemos visto a nuestros pies “una cosa menuda, redonda” (Éxodo 16:14), que se podía comer y que había caído del cielo. ¡Día tras día, nuestro pan cotidiano!

Mientras dormíamos, los ángeles —enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación— levantaron para nosotros una mesa en el desierto. Entonces, al despertar y ver las provisiones dadas por las manos divinas, ¡tuvimos que avergonzarnos mucho y sentimos remordimiento! Habíamos olvidado que nuestro Padre sabe que nuestro cuerpo, tanto como nuestra alma, necesita alimento. Por cierto, la carne es débil sin la fe, pero Dios es fiel.

Dios da también capacidad al que es incapaz. Elías exhibió gran energía cuando corrió delante del carro de Acab,

desde el Carmelo hasta Jezreel. Si pudo hacerlo fue porque conocía el secreto de dónde se encontraba la fuerza. Este hombre de oración permaneció arrodillado hasta que la “pequeña nube” apareció en el horizonte. Entonces él se elevó como con alas de águila; después de tres años de hambre, corrió y no se cansó (1.º Reyes 18:41-46).

Pero el oro más fino puede deslustrarse. La simple palabra de Jezabel llenó de temor al profeta que había enfrentado completamente solo a los cuatrocientos profetas de Baal. Elías tuvo miedo de la ira de la reina y huyó al desierto; allí se durmió debajo de un enebro. Y en su hambre y su desesperación le pidió a Dios que le quitara la vida. En el desierto, el profeta de Dios tuvo **frío y hambre**.

Al despertar, le esperaba una sorpresa. Allí no habían cuervos que le trajeran su ración de pan y de carne; y la mano que lo tocó no era la de la viuda con su inagotable tinaja de harina y sus dos leños para hacer fuego. Elías encontró su Bet-el cuando estaba debajo del enebro. No se trataba de morir, sino de vivir. Un ángel de Jehová había llegado para proveer a las necesidades del profeta. Fuego y alimento, esos dones de Dios, estaban a su disposición.

Como respuesta a la oración de Elías, había caído fuego del cielo sobre el sacrificio en el monte Carmelo. Las fuentes del cielo, abiertas como respuesta a las súplicas de este hombre justo, habían regado el país que sufrió la sequía. Pero las piedras calientes (las ascuas), la torta cocida sobre ellas y la vasija de agua se las dio Dios sin que él se lo hubiera pedido. ¡Qué fidelidad manifiesta nuestro Dios! Jehová sabía que el viaje que debía emprender Elías era largo y fatigante. Por eso, después de que el profeta volviera a dormir unos momentos más, el ángel le prove-

yó una segunda comida; y fortalecido con estos **alimentos**, que ninguna mano humana había preparado, Elías caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta Horeb, el monte de Dios.

Elías habría podido cantar como David: “Dios es el que me ciñe de poder, y quien hace perfecto mi camino” (Salmo 18:32). Ciertamente, Dios es el que siempre prepara el camino para nosotros, y a la vez nos prepara a nosotros para el camino. ¿Cómo podríamos dudar de Él? Mas bien debemos desconfiar de nosotros mismos.

Acerquémonos ahora a la orilla del mar de Tiberias (Juan 21). El Señor, la noche en que iba a ser traicionado, había dicho a sus discípulos: “Después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea. Y, en el sepulcro vacío, el ángel que se dirigió a las mujeres había dicho: “Id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, como os dijo” (Marcos 14:28; 16:7). Los discípulos, sabiendo que su Maestro había resucitado, fueron a Galilea para verlo. Hasta allí demostraron obediencia.

Pero la carne es débil e impaciente. Les resultaba muy difícil esperar pacientemente que el Señor fuera y los condujese. Uno de ellos dijo: “Voy a pescar”; y los otros dijeron: “Vamos nosotros también contigo.” ¡Oh, vosotros que seguís a un Cristo resucitado, pensad en Saúl, el rey desobediente, quien no quiso esperar que llegara Samuel para ofrecer el holocausto (1.º Samuel 13:8-14)! Su **prisa carnal** le costó el reino. Ovejas de Cristo, ¿no queréis esperar pacientemente al gran Pastor, quien fue herido por vosotras? ¡No quebrantéis vuestra obediencia a causa de vuestra impaciencia!

Pero los siete discípulos, aun cuando sabían que el Señor, según su promesa, estaría antes que ellos en Galilea, partie-

ron en una barca para pescar, aunque el Maestro todavía no se había manifestado a ellos.

Ninguno de ellos recordó las palabras que el Señor les había dicho antes de dejarlos: “Separados de mí nada podéis hacer.” Y la prueba de ello les fue dada esa noche en el mar de Tiberias. Toda la fuerza, la habilidad, la sagacidad y la capacidad que tenían como marinos no les sirvió para nada; “aquella noche no pescaron nada”. Y la luz del amanecer los halló cansados, desalentados, indiferentes, hambrientos y agobiados por el fracaso que sufrieron en su intento.

Pero, ¿de quién era esa silueta que apareció en la playa entre la bruma matinal? De quién era esa voz que dominaba sobre el estrépito de las olas que rompían en la ribera? ¿Qué les preguntó? «¿Habéis pasado una mala noche?» «¿Habéis pescado bastante?» «¿Tenéis pescados?»

No; no fue eso lo que les dijo el Señor. A estos hombres, decepcionados a causa del fracaso de la expedición que habían preparado ellos mismos, tales preguntas habrían podido parecerles como un reproche. Lo tendrían bien merecido, pero Aquel que se dirigía a ellos sabía cómo “sustentar con palabras al cansado” (Isaías 50:4 VM). En primer lugar la compasión; luego puede venir la reprimenda.

“Hijitos, ¿tenéis algo de comer?” ¡Cuán adecuadas fueron estas palabras, que apuntaron de manera conveniente y exacta al estado en que se encontraban estos hombres hambrientos! Ellas provenían de Aquel que, durante los tres años que acababan de transcurrir, había mantenido sus ojos sobre ellos para que no les faltara nada.

Esa voz que se dirigía a ellos por encima de las olas era la voz de Aquel que sobre el monte cercano había tenido com-

pasión de la multitud cansada, la cual no tenía nada para comer y que habría podido desfallecer en el camino; era la voz de Aquel que había dicho a los apóstoles: “Dadles vosotros de comer” (Lucas 9:13), la voz del mismo que “a los hambrientos colmó de bienes” (Lucas 1:53).

El Señor, lleno de gracia, sabía que los hombres privados de alimento son hombres desalentados, que están expuestos a “dejarse morir”. ¿Qué respondieron estos siete hombres?

El Señor les preguntó: “Hijitos, ¿tenéis algo de comer?” ¿Habéis olvidado de tomar pan, como el otro día al cruzar el mar? Tal pregunta les hizo confesar que no tenían alimento en su barca, y respondieron: “No.”

Entonces el Señor, dulcemente, mediante esa pregunta y antes de manifestarles su gracia, les hizo sentir la insensatez de la aventura que habían emprendido, en la cual no habían obtenido ningún resultado positivo. De modo que así pudieron apreciar mucho más lo que Él les había preparado. En la playa había fuego y alimento.

—

¡Siete hombres en una barca! ¡Una noche entera de trabajo! ¡No pudieron pescar ni un pez! ¡Ignoraron al Maestro! ¿Qué clase de discípulos eran éstos? ¿No habrían de cosechar los frutos amargos de su propia necesidad? ¿Quién podría decir que no lo tenían bien merecido? Pero, ¿qué maestro es semejante a nuestro Maestro? ¿Qué ser amado habrá comparable a nuestro Amado?

Una sola palabra del Señor les indicó el lugar preciso donde hallaron en cantidad los peces que, en vano, ellos habían

tratado de pescar durante largas horas de la noche. Cuando echaron la red en ese sitio, muy pronto quedó repleta. Los grandes peces se encontraban a la derecha de la barca, a unos doscientos codos de la costa, **cerca del Maestro**. En el amplio espacio donde Él no se encontraba, ellos no habían podido pescar ni un solo pez.

Cuando los discípulos descendieron a tierra, recibieron una nueva prueba de la solicitud del Señor: allí había fuego y también alimento: “Vieron brasas puestas, y un pez encima de ellas, y pan.”

Esos hombres se hallaban ante la presencia del Señor de la tierra y del mar. Él los introdujo en la casa de su banquete. No les dijo: “Id en paz, calentaos y saciaos” donde podáis (cf. Santiago 2:16). El Señor, mediante la plenitud de su amor y de su poder, proveyó el fuego y el alimento, útiles para el cuerpo y confortantes para el alma.

El Señor, quien siente agrado por servir a los suyos, dice: “Venid, comed”, y añade: “Traed de los peces que acabáis de pescar.” Él era su anfitrión; ellos estaban a la mesa del Señor. Él fue el que “tomó el pan y les dio, y asimismo del pescado”. ¿Qué pescado?, ¿el que estaba sobre Su fuego o el que ellos habían traído en la red?

El Señor había dicho: “Traed de los peces que acabáis de pescar.” En verdad, los discípulos no habían pescado nada, aunque habían trabajado toda la noche. Por tanto, el pescado que estaba en la red que ellos habían arrastrado hasta la orilla era Suyo. Estos hombres, obedeciendo la palabra que les dijo el Señor, habían echado la red en el lugar indicado por él; allí habían encontrado esos peces. A ese banquete matinal, ellos podían aportar únicamente lo que Él les había dado del mar.

Sin duda, eso era totalmente cierto; pero ellos, sabiendo que era el Señor, no objetaron su palabra, aceptaron la gracia que pasaba por alto, sin recriminarles, las largas horas de trabajo inútil **sin Él**, y que les daba el beneficio de los breves momentos, pero fructíferos, del trabajo que habían hecho **en el Señor y con Él**.

Esos siete hombres, en comunión con su Señor resucitado, comieron el alimento que él mismo había sacado de Su reserva oculta; y Él comió del fruto del trabajo en el cual había guiado las manos de ellos. El Señor llamó; ellos abrieron la puerta; él entró y **ellos cenaron con él y él con ellos** (cf. Apocalipsis 3:20).

¡Cuántos cuidados nos brinda el Señor a nosotros como hombres “en la carne”! Nuestro Señor no es un asceta; leemos que “vino el Hijo del Hombre que come y bebe”. Un día les dijo a los apóstoles: “Venid vosotros aparte a un lugar desierto, y descansad un poco. Porque eran muchos los que iban y venían, de manera que ni aun tenían **tiempo para comer**” (Marcos 6:31).

El Señor conoce nuestro cuerpo y sabe que necesitamos recibir regularmente alimento y descanso; Él recuerda que somos polvo. En el pasado, el Señor hizo que millares de hombres y mujeres cansados se sentaran sobre la hierba verde, a fin de que descansaran, y los alimentó con pan y pescado, productos de la tierra y del mar. Después de su resurrección, Su solicitud por los demás no había cambiado. Él se conmovió ante estos siete discípulos, al ver sus debilidades. Ellos tenían frío, estaban mojados, cansados y tenían hambre. Y sin que los discípulos hubieran contribuido en absoluto, Él había preparado alimento y calor para reanimar sus energías agotadas.

Ciertamente, el Señor cuidaba de sus almas, pero primero comieron juntos. Ellos estaban muy débiles, muy cansados y tenían mucho hambre; todo esto era un impedimento para que pudiesen aprovechar con utilidad Sus palabras antes de haber entrado en calor y de ser saciados. Pero luego de que hubieron comido, el Señor obró como si tomase una toalla y se la ciñera para continuar su servicio. Con el lebrillo de agua de su Palabra, se acercó a Pedro, como poniéndose a sus pies, y le dijo: “¿Me amas?” (Juan 21). En el capítulo 13 aplicó el agua literalmente en su cuerpo, aquí espiritualmente en su alma.

Entonces, como en un relámpago, Simón Pedro se vio en medio de soldados, oyendo la voz de la criada y también el canto del gallo. El trabajo del amor había despertado en el apóstol los tristes recuerdos de su triple negación; pero el ministerio del amor no se detuvo hasta que su alma fuera restaurada. Y así, Pedro confesó delante de todos: “Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo.”

En nuestros días hay muchas almas desalentadas, que necesitan el fuego y el alimento del ministerio del Señor mismo. Más de un discípulo de Cristo parte a la guerra como “soldado a sus propias expensas”. Un hermano impulsivo dice: “Voy a pescar”; otros, ganados por el entusiasmo, lo siguen. Pero ellos olvidan que el primer carácter, el carácter esencial de la fe, consiste en atenerse al Señor, en asegurarse de que Él los acompaña con su presencia invisible y que es necesario buscar a fin de hallar dicha presencia, pues sin Él ellos no pueden hacer nada. Y ellos parten sin tener su palabra de aprobación, aunque interiormente tienen la esperanza de que Él bendecirá sus proyectos. Pero ellos arrojan sus redes y cada vez las recogen vacías; hasta que finalmente se les hace claro que lo que emprendieron es un

fracaso. Y entonces los vemos tristes y desalentados. Para ser reanimados necesitan el fuego y el alimento que se encuentra en la presencia del Maestro.

Pensemos en los planes abandonados y en las causas perdidas entre los cristianos, es decir, proyectos lanzados con mucho fervor y bellas perspectivas pero que quedaron inconclusos y finalizaron en la decepción. Pensemos en esos grupos que van disminuyendo, en esos hombres que no saben guardar filas en la asamblea, en el culto sin vida, en las oraciones que son meramente formulismos, en esos ministerios fuera de tiempo y sin provecho, en las casas divididas, en la evangelización infecunda. Pensemos, pues, en las redes vacías.

¡Señor, ten piedad de aquellos que, entre tus santos, tienen frío y hambre! ¡Acércate a ellos con **tu fuego y tu alimento**, como lo hiciste antaño en la orilla del mar de Tiberias!

Pero, de hecho, ni siquiera necesitamos orar así a nuestro amado Señor, el gran jefe de la Iglesia. Él jamás olvida a aquellos que tienen frío y hambre, aunque ellos se hayan mostrado negligentes en cuanto a Él y su Palabra. Él enciende el fuego y prepara el alimento especialmente para ellos. El Señor siente sumo gozo cuando calienta los afectos y fortalece al hombre interior; y también lo siente cuando hace descansar a los suyos en verdes y delicados pastos, y los conduce a aguas de reposo para poder restaurar sus almas.

W.J.Hocking (M.E. 1953)

ENTRE LAS OVEJAS DEL PASTOR

Ven, querido hermano, caminemos juntos un trecho del camino. Me sentiría muy feliz de conversar contigo acerca de la gracia y de la gloria de nuestro Dios. ¿No es siempre beneficiosa una conversación sobre este tema? Por mi parte, puedo dar testimonio de que debo a mis hermanos y a los contactos que he tenido con ellos todo lo que poseo acerca de la verdad de Dios.

La epístola a Filemón me ha edificado mucho durante estos días. ¿No encuentras que la lectura de la Palabra, practicada en dependencia de Dios, es absolutamente más atractiva que cualquiera otra? A menudo he pensado: «He aquí la carta de amor, viva, que el Señor me envía desde el cielo en respuesta a la oración que acabo de dirigirle; una carta especial para mí, especial para este momento de mi vida. He aquí una liberación que me llega después de haber suspirado mucho por ella; he aquí una promesa de su gracia; he aquí la palabra medida, pero firme y directa, por medio de la cual Él me responde; he aquí, en el camino, una indicación que crucifica mi carne...»

¿Recuerdas las circunstancias que se describen en la epístola a Filemón? En ella vemos a un anciano encarcelado, a un amigo de éste que gozaba de una posición económica holgada pero que se encontraba a mil quinientos kilómetros de distancia y, finalmente, a un miserable que había perjudicado gravemente al amigo y que, no se sabe cómo, fue a parar al lado de este anciano. Bien; cerremos los ojos e imaginemos el estado espiritual que, según el mundo, puede resultar de todo esto en estas tres personas: amargas recriminaciones de parte del primero, egoísta satisfacción y deseos de venganza en el segundo, completo decaimiento en el tercero... Luego abramos los ojos y

leamos la epístola a Filemón: ¿no encontramos en ella admirables y brillantes rasgos de la gloria?

No se trata de la gloria de Pablo, tampoco de la de Filemón, y menos aún de la de Onésimo, sino de la gloria de una cuarta Persona que se encontraba entre aquellos tres y en ellos, y cuya presencia transformaba todo de una manera aún más bella que cuando se presentó en medio de los tres hebreos en el horno de fuego. Se trata de Cristo en ellos “la esperanza de gloria” (Colosenses 1.27).

Sí, mediante la sola presencia del Señor, las ocasiones que solamente podían hacer gemir, los hechos comunes de la vida cotidiana, que no parecían ser trascendentales, fueron santificados, perfumados con el precioso “aceite de la santa unción” (cf. Éxodo 30:22-33) que los hacía aceptables como ofrendas delante de Dios.

Tales circunstancias fueron enriquecidas hasta convertirse en una instrucción inagotable para innumerables generaciones de creyentes. Aquellos que tuvieron que pasar por esas circunstancias no solamente recibieron la fuerza para superar la dificultad, mediante la sola presencia del Señor, ¡sino que ellos mismos fueron transformados y resplandecían, como Moisés cuando salía de la tienda, después de haber hablado con Dios! Ellos, librados del poder de las tinieblas con “brazo extendido”, ¡fueron “trasladados al reino de su amado Hijo”!

Todo esto, de manera contraria a lo que habría tenido lugar normalmente, sucedió no porque fuera calculado, ni por obligación, ni por «buenos sentimientos», sino solamente a causa del Señor. El prisionero, enteramente ocupado en el bienestar de los demás, sólo habla de gozo, de fe, de amor y de esperanza. Aunque está encadenado, posee la autoridad reconocida

para dar órdenes a un ciudadano rico y libre. Aun cuando está revestido de tal autoridad, en lugar de imponerse, más bien ruega. En cuanto al que había sido un terco insubordinado, convertido ahora en una oveja, se somete de buena voluntad como siervo; regresa, manifestando feliz confianza y sin altivez, al lado de aquel a quien había defraudado un tiempo antes. Finalmente, el que tenía el derecho de castigar severamente y de vengarse no lo hace, estamos seguros de ello, y obra lo contrario, lo perdona afectuosamente, lo recibe y, en amor, hará mucho más de lo que le indican las instrucciones que recibe.

La ley de Moisés, atemperada por la misericordia, decía: “No entregarás a su señor el siervo que se huyere a ti de su amo” (Deuteronomio 23:15). Esto era ya un viso de la gloria, pero aquí vemos la gloria plena: ¡el siervo culpable es “entregado” al amor del amo!

Hermano mío, muy a menudo nosotros hemos dejado que sople un viento frío de egoísmo y de mundanalidad; un viento seco de intrigas y de maldad. Por eso Cristo no siempre ha estado entre nosotros; y cuando la gloria está ausente la bella heredad de Dios viene a ser semejante al desierto. ¡Qué tentación de sentirnos desalentados nos sobreviene a menudo!

Pero, al instante, todo puede revivir; al instante, la gracia puede enriquecer y la gloria puede iluminar cada uno de los minutos que vivimos en las cosas más humildes, más comunes, en las cosas que aparentemente revisten la más escasa importancia. No exijamos con aspereza la transformación de los demás; pues, por otra parte, ¿no se encuentra en ellos mayor bien del que nosotros pensamos? Podremos advertir esto si nos ocupamos de ellos con afecto. Pero nosotros mismos seamos transformados por medio de la renovación de nuestro entendimiento

y participemos de la herencia de los santos en luz, puesto que el Padre nos ha hecho aptos para ello.

El corazón de Filemón habría de enternecerse al recordar al querido anciano que sufría, a quien le debía la verdadera vida; pero también, como nuestro corazón, podía apegarse a Aquel que era aun mayor que Pablo, quien fue el Hombre de dolores, quien vertió su sangre por nosotros en la tierra en la cual estamos. Así, amando a los que nos rodean, le amaremos a Él. ¿De qué serviría hablar de fe, de comunión, si los dos no anduvieran juntos para “obrar” reconociendo “todo el bien”? El bien que está en nosotros, dice Pablo, ya sea que la palabra “nosotros” represente a los que son fieles o solamente a los apóstoles y a los demás instrumentos por medio de los cuales hemos recibido la Palabra. Sí, reconozcamos el bien respecto a “Cristo Jesús”, y habrá gozo, consolación, y los corazones de los santos serán “confortados”...

Jesús, el nombre Divino que llevó en su humillación y que permanece como símbolo de vituperio; Cristo, objeto de las promesas, quien debía sufrir; Cristo el Jefe de la Iglesia; y luego el Señor del cual yo soy el Onésimo: ¿no se puede decir, hermano, que se “ve” al Amado, muy íntimamente mezclado en la conversación en esta corta epístola? En ella, ¿no podemos contemplar en vivo, por así decirlo, diversos rasgos de su Divino rostro, diversas actitudes de sus manos traspasadas? Admiraremos de qué manera, en Él, el Espíritu supo colocar una palabra para cada uno: un joven compañero de milicia puede beber allí tanto como un compañero de obra en quien se encuentra más madurez, de igual modo un siervo itinerante así como una hermana ama de casa o un padre en Cristo que ha engendrado hijos.

Hace bien, hermano, sentarse allí para contemplar y es-

cuchar al Señor; él no da órdenes, sino, pienso que, como Pablo, “más bien ruega”, señalándonos simplemente la dirección del bien y deseando para nuestro gozo y el suyo que hagamos “aún más de lo que dice”.

Y bien, hermano, creo que ciertas cosas van a cambiar. No nos quejaremos más como lo hacemos, y dejaremos de murmurar; más bien nos ejercitaremos para la benevolencia. A tal hermano, a tal persona que nos era completamente indiferente y que, sin embargo, Dios ha hecho nuestro prójimo, es preciso que lo amemos y que nos intereseamos en él. Es preciso ir al encuentro de tal hermano a quien evitábamos estrechar la mano porque no nos agradaba.

Sí, si Cristo está delante de mí y si Cristo está en mí, es necesario que se lo vea brillar como un tesoro depositado en un vaso de barro; es necesario que la Palabra escrita se manifieste como palabra viva en la práctica de mi vida cotidiana.

Alentémonos uno al otro; ¿no debe ser así? Adiós, hermano mío, que la paz sea contigo, según Filipenses 4:6-7. Lea- mos mucho la carta de amor escrita en los cielos. Guardémonos del mundo.

R. E. L. (M.E. 1954)

PENSAMIENTO

Aquel que, bajo la luz de Dios, jamás cambió ninguno de sus puntos de vista, que jamás corrigió sus propios errores, tampoco será suficientemente caritativo para excusar lo que él considera que son errores en los demás.

(M. E. 1987)

LA LIBRE ACCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

Por A. H. Burton

Nuestra intención no es presentar en estas páginas una prueba bíblica de la presencia del Espíritu Santo en la tierra. Sin duda, todos nuestros lectores están familiarizados con esta gran verdad, en mayor o menor medida.

Cuando el Señor Jesús ascendió a la diestra de Dios, después de haber cumplido la obra de la redención, envió de parte del Padre (Hechos 2:33) a otro Consolador, el Espíritu Santo, para que permaneciera eternamente con los suyos. Llamamos la atención de nuestros lectores sobre este punto de suprema importancia: lo que distingue a la dispensación actual de todas las demás es el carácter permanente de la presencia del Espíritu. Cuando Jesús descendió a este mundo no lo hizo a fin de permanecer para siempre con su pueblo, sino para sufrir por los pecados de ellos. Mucho más, Él vino para glorificar a Dios respecto a ellos. Él subió a la cruz con este objetivo, y en ella, Jesús, el cual no conoció pecado, fue hecho pecado (2.^a Corintios 5:21). Él entró en el dominio de la muerte por los suyos. Sí, en verdad, Él fue delante de ellos, como verdadera arca del pacto, y descendió a las sombrías aguas de la muerte y del juicio, a fin de que su pueblo pudiera pasar en seco (véase Josué 4). Pedro, siempre impetuoso pero sincero, le dijo: “Señor, ¿por qué no te puedo seguir ahora?” (Juan 13:37). Pero eso no era posible. Solamente Cristo podía hacer la expiación. Nadie podía compartir con Él la obra de la redención. Cristo fue solo a la cruz, para encontrar allí el odio encarnizado del hombre, el

poder de las tinieblas de Satanás, y todas las ondas y las olas de la ira de Dios contra el pecado. Pero la obra está consumada, ¡bendito sea su Nombre eternamente!

Y ahora, Cristo resucitado de entre los muertos, se encuentra arriba, en los cielos. En varias oportunidades, Él les había dicho a los discípulos que iba a dejarlos; pero al mismo tiempo les aseguró que cuando el Espíritu Santo viniera, sería muy diferente. Este otro Consolador, el Espíritu de verdad, estaría no solamente **en** ellos, sino que moraría **con** ellos.

En este escrito no nos extenderemos en la exposición de la primera de estas grandes verdades. Cada creyente comprende más o menos claramente que el Espíritu Santo mora en él. Efectivamente, esto es lo que constituye la verdadera posición del creyente, según Juan 14:20 y Romanos 8:9. “En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros”. “Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él”.

Pero, ¿no nos topamos con muchas falsas nociones, llenas de ignorancia e incredulidad, en cuanto a esta bendita verdad, a saber, que el Espíritu Santo permanece **con** nosotros? Cristo debía irse de este mundo, pero el Espíritu Santo que él había prometido debía estar para siempre con los suyos (Juan 14:16).

Esto nos conduce a exponer brevemente, de acuerdo con las Escrituras, lo que se refiere a la libre acción del Espíritu Santo, tanto en el mundo como en la Iglesia. La intención de Dios era que la buena nueva fuese predicada en todo el mundo. Después de la cruz, se iniciaba una nueva fase de las dispensaciones de Dios. Sus dispensaciones ya no tenían como objeto ni a Jerusalén ni a los judíos, sino al “mundo entero” y a

“toda criatura”. Un estudio serio del capítulo 1 del libro de los Hechos, encarado con oración, llena nuestro corazón de adoración al ver a Dios cumpliendo el misericordioso designio de su amor. Lo discernimos tras cada circunstancia, refrenando todos los estallidos de ira del hombre y haciendo concordar todas las cosas para Su propia gloria en el cumplimiento de su voluntad.

Luego del martirio de Esteban, estalló una violenta persecución contra la iglesia en Jerusalén. El esfuerzo de Satanás tenía como objetivo aniquilar la obra en su punto de partida, y detener la eclosión del nuevo testimonio que se daba de Aquel a quien manos criminales habían crucificado y dado muerte. Pero la ira del hombre contribuye para la gloria de Dios. Hasta ese momento, el testimonio había estado limitado geográficamente a Jerusalén, pero ahora todos los creyentes se encontraban dispersados, salvo los apóstoles. En los primeros capítulos de los Hechos leemos que varios miles de personas fueron añadidos a la Iglesia en esa ciudad. “Todos fueron esparcidos por las tierras de Judea y de Samaria” (Hechos 8:1).

Y esos esparcidos ¿guardaron para sí mismos la luz del Evangelio en esas regiones donde se habían refugiado? De ninguna manera. En la epístola a los Gálatas se hace alusión a sus trabajos en lo que concierne a Judea, pues en el momento en que Pablo apareció en escena unos años después, había no solamente almas salvadas, sino que habían sido formadas varias asambleas (Gálatas 1:22).

En ello encontramos un notable ejemplo de la libre acción del Espíritu. Se ha dicho que **sólo una asamblea** puede recibir a los creyentes, pero ¿qué asamblea habría podido recibir a los que se habían convertido mediante la predicación de la Palabra? No ponemos en tela de juicio, de ninguna manera, las

responsabilidades y privilegios que tiene la Iglesia, pero hubiera sido un atentado inexcusable contra la libertad de acción del Espíritu, si la asamblea en Jerusalén hubiera impedido la reunión de los santos en Judea y en Samaria. Esto no podía tener lugar.

El mismo poder que los había reunido en Jerusalén, los reunía por todas partes donde el Evangelio llevaba frutos para la salvación de las almas. Otro ejemplo notable de la acción libre e independiente del Espíritu lo hallamos en el caso de Samaria. “Entonces Felipe, descendiendo a la ciudad de Samaria, les predicaba a Cristo” (Hechos 8:5). Este siervo dependía directamente de su Amo, y Dios obraba poderosamente por medio de él. Hubo gran gozo en esa ciudad, pues ellos creyeron lo que Felipe les predicó respecto al reino de Dios y el nombre de Jesucristo, y confesaban públicamente su fe mediante el bautismo.

Pero en Samaria las cosas eran algo diferentes que en Judea. Por eso, cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén supieron que Samaria había recibido la palabra de Dios, enviaron a Pedro y a Juan (Hechos 8:14). No lo hicieron para oponerse a la obra bendita que se hacía, sino para dar testimonio de su cordial comunión en lo que Dios había hecho. Tal vez habrían podido surgir algunas dificultades y quizá podían haberse erigido barreras que impidieran la comunión a causa de la mezcla que había en Samaria respecto al culto. Pero Dios no permitió que se produjeran disensiones en la primera etapa de la historia de la Iglesia. ¡Qué gracia se habría gozado si ese estado de cosas hubiera continuado!

En el capítulo 9 del libro de los Hechos, versículo 31, leemos que las asambleas se habían formado libremente por toda Judea, Galilea y Samaria. No podía ser de otra manera. Era lo que Dios quería para su pueblo; es decir, que los suyos

estuvieran juntos, que se reunieran en un mismo lugar para adorar, para edificarse y para orar; que lo hicieran en todas partes donde Cristo fuera predicado y donde las almas fueran salvadas. Si la asamblea de Jerusalén hubiera impedido esto se habría opuesto a la libre y soberana acción del Espíritu de Dios.

Pero vemos que se presentó un caso crítico, bien dispuesto para soliviantar las pretensiones de un judío. Hasta entonces, el trabajo había sido confiado exclusivamente a los judíos y a los prosélitos judíos. Pero, Dios abriría la puerta a los gentiles. Las llaves del reino de los cielos habían sido dadas a Pedro (Mateo 16:19) y por esta razón, aparte de otras, Pedro debía ser el siervo escogido para hacer esa importante parte de la obra. Felipe, quien permanecía en Cesarea, podía ser el instrumento para admitir a los creyentes de Samaría, pero no se le podía confiar la admisión de Cornelio y de su casa.

Pedro, quien el día de Pentecostés había abierto con esas llaves la puerta a los creyentes judíos, ahora era llamado por el Señor a emplearlas por segunda vez a fin de admitir a los gentiles, para que participasen de los mismos privilegios y bendiciones que los judíos. Fue preparado para ello mediante la notable visión de un gran lienzo que descendía del cielo (Hechos 10:11). Todos sus prejuicios, tanto religiosos como nacionales, se agitaban ante el pensamiento de comer algo inmundo o impuro y, ante los ojos de un judío, los gentiles eran impuros. Pero lo que Dios había limpiado ya no era más inmundo o impuro.

La libre y soberana acción del Espíritu de Dios en relación con la obra del Señor, se encuentra ilustrada de manera maravillosa en la historia de Cornelio (Hechos 10). En ella vemos que Dios obró por dos lados: preparando a Cornelio para recibir el mensaje, y a Pedro para transmitirlo. Aquí vemos que

Pedro asume su responsabilidad directamente ante su Señor, de quien depende, y no ante sus compañeros de obra. Él no recibe órdenes de ningún hombre ni pide permiso a los de Jerusalén, en un caso en que, humanamente hablando, tal permiso hubiera parecido necesario.

Si el pedido de recibir a Cornelio hubiera sido enviado a Jerusalén para que fuera considerado allí, bien podríamos pensar que él jamás habría sido admitido. Pedro obró manifestando obediencia a su Señor y confió los resultados a Dios. En lo que concierne a Cornelio y a sus amigos, esos resultados fueron verdaderamente benditos. Mientras que la dichosa noticia, que anunciaba la paz y el perdón mediante Cristo crucificado y resucitado, era proclamada a sus oídos, “el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso” (Hechos 10:44).

Pero ahora la oposición se manifestaba en Jerusalén, y las cosas tomaban un giro amenazador. Aun cuando parecía inevitable que estallara la división, ésta fue misericordiosamente evitada. ¿Por qué la bendita operación del Espíritu de Dios habría de conducir a tan desastrosas consecuencias? No obstante, habían conciencias ejercitadas que debían ser satisfechas, y prejuicios que debían desaparecer. ¿Cómo debía llevarse a cabo todo esto? No levantando una violenta oposición entre las asambleas de Judea, de Samaria y de Galilea. No, en lugar de ello Pedro les expuso estas cosas por orden (Hechos 11:4). El relato simple y verídico de lo que había sucedido bastó para convencer a los apóstoles y a los hermanos de Judea, así como el mismo Pedro había sido convencido de que la obra era de Dios.

Sin embargo, Pedro tenía que compartir la responsabilidad con otros, pues muchos hermanos no se habrían sentido

satisfechos si él se hubiera limitado a decir: “El Espíritu me dijo que fuese con ellos sin dudar.” Toda dificultad fue allanada mediante lo que él añadió: “Fueron también conmigo estos seis hermanos” (Hechos 11:12).

De este modo, por boca de esos testigos, fue confirmada cada palabra acerca de la bendita obra de Dios en Cesarea. “Y cuando comencé a hablar, cayó el Espíritu Santo sobre ellos también, como sobre nosotros al principio. Entonces me acordé de lo dicho por el Señor, cuando dijo:... seréis bautizados con el Espíritu Santo. Si Dios, pues, les concedió también el mismo don que a nosotros que hemos creído en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo que pudiese estorbar a Dios?”

Era justo que Pedro hiciera todo lo que estaba a su alcance para quitar cualquier dificultad que hubiera impedido reconocer sin reservas la obra realizada en Cesarea. Si después de dicha exposición de los hechos hubiera persistido la hostilidad judía, ello habría significado resistir a Dios.

Para terminar esta corta exposición sobre la libre e independiente acción del Espíritu durante los primeros días del cristianismo, consideremos aun otro ejemplo que hallamos en ese mismo capítulo. Hasta ese momento, únicamente Pedro había admitido que los gentiles se convertían, pero ahora aquellos que habían sido dispersados por la tribulación que se suscitó a causa del martirio de Esteban, extendían sus trabajos hasta Antioquia y predicaban a los griegos, los cuales eran gentiles. “Y la mano del Señor estaba con ellos, y gran número creyó y se convirtió al Señor” (Hechos 11:21).

Pero esto aún no satisfacía a los de Jerusalén. “Llegó la noticia de estas cosas a oídos de la iglesia que estaba en Jerusalén”. Dios obraba independientemente de Jerusalén, sin tenerla

como centro, y enseñaba la gran lección de que en Jesucristo no hay ni judío ni gentil, sino que todos eran uno, y que la pared intermedia de separación había sido derribada (Efesios 2:14).

Todos los cuidados del Señor tenían como objetivo que la Iglesia fuera guardada de divisiones y, al mismo tiempo, que nada impidiera la libre acción del Espíritu. Bernabé fue enviado a Antioquia, y cuando él vio manifestada allí la gracia de Dios se regocijó mucho. Comprendió inmediatamente el pensamiento de Dios y exhortó a los nuevos convertidos “a que con propósito de corazón permaneciesen fieles al Señor”. ¡Oh, que el Señor nos conceda muchos hermanos como Bernabé! Éste era “varón bueno, y lleno del Espíritu Santo y de fe”, y el resultado de su visita a Antioquia fue que “una gran multitud fue agregada al Señor”.

No podríamos terminar estos párrafos sin resaltar la obra evidente de la gracia y del amor de Cristo en los corazones de los santos, tanto de Jerusalén como de Antioquia, tal como lo leemos al final del capítulo 11 (versículos 27 a 30). Los hermanos de Judea pasaban por necesidades, pues una gran hambre se había extendido por toda la tierra habitada. En el corazón de los discípulos de Antioquia no vemos ningún resentimiento que podría haberse manifestado a causa de las sospechas y de la fría acogida de Jerusalén, pues cada uno, según sus recursos, envió algo para el servicio de los hermanos que permanecían en Judea. Ningún sentimiento de orgullo impidió que los discípulos judíos aceptaran las ayudas de esos hermanos gentiles a quienes podrían estar tentados a despreciar. “El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley (Gálatas 5:22-23).

En el próximo capítulo nos proponemos continuar con el

tema de la libre acción del Espíritu en la Iglesia. ¡Que Dios dirija nuestro corazón y conduzca nuestra mano para hacerlo!

(M.E. 1905)

(Continuará)

CARTA DE F. PROD'HOM

(Fragmento)

Ginebra, septiembre de 1869, jueves a la noche.

...Esta noche nos hemos sentido felices; el hermano M. habló sobre el capítulo 2 del libro de Rut y señaló que Noemí había huido de la tierra de Jehová (es decir la que Dios había dado en posesión a su pueblo) porque el hambre sacudía el país, y recalcó que es insensato pensar que en el mundo se puede hallar algo que nos alimente. Si vamos al mundo tendremos que soportar la disciplina; aunque, en el fondo, ella es una gracia.

Por lo tanto, la historia de Rut es la ilustración de la obra de la gracia. Rut fue a ampararse bajo las alas de Jehová, y el acaudalado, el potentado Booz la protegió. Ella encontró alimento para sí misma, obtuvo comida y bebida, a la vez que este hombre rico ordenó protegerla.

Entonces Rut fue a espigar en el campo, pero lo hizo para otro; ella obtuvo lo que necesitaba para sí, pero también pensó en los demás. Siempre sucede así: cuando deseamos poner nuestros pies en los campos del Señor, hallamos lo necesario para comer y beber y, saciados nosotros mismos, en lugar de que esto produzca egoísmo, espigamos para los demás. Espero poder hacer esto en mi viaje al Vigan (Francia).

Cuando el hermano terminó su alocución, yo añadí algunos pensamientos respecto al hecho de que uno no puede gozar solo de las cosas de Dios; ellas se expanden si se gozan junto con otros.

(M.E. 1989)

HA RESUCITADO EL SEÑOR VERDADERAMENTE

(Lucas 24:34)

por F. von Kietzell

Capítulo 1

“Durante cuarenta días”

“Después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles (a los apóstoles) durante cuarenta días” (Hechos 1:3).

El capítulo 1 del libro de los Hechos describe en estos términos el breve período que transcurrió desde la muerte de Cristo hasta su ascensión al cielo. Al leer ese versículo, ningún creyente deja de percibir algo del carácter misterioso de esos cuarenta días.

El hombre Cristo Jesús, nuestro Señor, resucitó “por la mañana, el primer día de la semana”. El mismo versículo que refiere este hecho nos dice también que “apareció primeramente a María Magdalena” (Marcos 16:9; cf. Juan 20:11). Luego, Él apareció a las otras mujeres que regresaban del sepulcro (Mateo 28:9).

Después de esto, Simón Pedro, que había caído tan bajo, fue aparentemente el primero de entre los discípulos que vio al Se-

ñor, al mismo tiempo que fue el primer testigo masculino de la resurrección (Lucas 24:34; 1.^a Corintios 15:5).

“Pero después apareció en otra forma a dos de ellos que iban de camino”, los cuales se dirigían a Emaús (Marcos 16:12; Lucas 24:13). Luego, a la noche del día de la resurrección, “el primer día de la semana”, Cristo resucitado atravesó las puertas que estaban “cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos” y “se puso en medio de ellos”. “Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor” (Lucas 24:36; Juan 20:19-20).

El domingo siguiente, la aparición del Señor Jesús tuvo lugar especialmente para beneficio de Tomás, quien no había estado presente con ellos la semana precedente (Juan 20:24).

Las Escrituras describen luego otros dos encuentros con el Señor resucitado, en Galilea: primero en el mar de Tiberias (Juan 21:19), donde se encontraban siete de sus discípulos (cinco de los cuales son mencionados por sus nombres); luego en el monte cuyo nombre no se menciona, a donde Jesús había enviado a los once (Mateo 28:16). Aunque el mensaje que les dirigió allí pueda considerarse como una despedida, hallamos a los discípulos una vez más con el Señor en el monte de los Olivos, cerca de Betania, donde “se separó de ellos”. Al terminar su ministerio, fue entonces “llevado arriba al cielo” (Marcos 16:19; Lucas 24:50; Hechos 1:9-12).

Además de esas nueve apariciones del Señor resucitado, relatadas en los evangelios, hallamos dos o tres más, brevemente mencionadas en 1.^a Corintios 15. El Señor “apareció a más de quinientos hermanos”, a Jacobo y a “todos los apóstoles” (admitiendo que aquí no se trata de la aparición en el monte de Galilea ni de la ascensión del Señor). Este capítulo cita siete testigos de Su resurrección, contando entre ellos a las Escrituras (v. 3) y a Pablo mismo (v. 8). Según las costumbres de entonces, el testimonio de las mujeres no tenía valor legal. Por eso 1.^a Corintios 15 no menciona a las mujeres, aunque el Señor se reveló a ellas en primer lugar.

Es claro que esas once o doce apariciones de nuestro Señor

(de las cuales únicamente nueve se relatan con detalles), son sólo una parte de esas “muchas pruebas indubitables” con las que Él se presentó vivo a aquellos que lo habían seguido. Tal como lo dice Juan en su evangelio, Jesús, en los días de su humillación, había hecho “muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro” (20:30). Juan, siguiendo este pensamiento en el último capítulo, añade: “Y hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, las cuales si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir” (21:25). El Espíritu de Dios concluye los cuatro evangelios mediante estas palabras escritas por la pluma de Juan, y nosotros reconocemos allí la expresión de un alma atónita ante la gloria del Hijo de Dios quien vino en carne. De la misma manera, el Espíritu de Dios no quiso comunicarnos más detalles sobre los cuarenta días que siguieron a la resurrección de Cristo; pero estos pocos relatos son suficientes y proveen a nuestro corazón preciosos temas de meditación.

“Apareciéndoseles (a los apóstoles) durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios” (Hechos 1:3). ¡Qué enseñanza incomparable es la que salió de la propia boca del Señor resucitado! Poco tiempo antes, ellos aún se preguntaban entre sí “qué sería aquello de resucitar de (entre) los muertos (Marcos 9:10). Al respecto, Lucas nos dice que “ellos nada comprendieron de estas cosas, y esta palabra les era encubierta, y no entendían lo que les decía” (Lucas 18:34). Sin duda, aún en ese momento, antes de la venida del Espíritu Santo, ellos estaban limitados en su capacidad de comprender (véase Hechos 1:6-8). Pero una vez más, en relación con los discípulos —quienes constituían entonces el remanente fiel de Israel—, podía decirse que el reino de Dios estaba en medio de ellos, y esto en la persona del Rey (Lucas 17:21).

Él les había abierto las Escrituras, aunque sus corazones, que ardían en ellos, no tuvieran inteligencia y fueran tardos para creer; “les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían”.

“Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día” (Lucas 24:25-27, 45-46).

¡Qué reencuentro fue el de los discípulos con el Señor resucitado! La cruz del Calvario y la tumba habían destruido todas las esperanzas de aquéllos; luego, rumores inciertos los habían llenado de asombro (Lucas 24:21-24). El duelo y las lágrimas habían sido la parte de ellos, sus pobres corazones estaban llenos de “temblor y espanto” (Marcos 16:5-10), pero ahora las palabras del Señor: “No temáis” disipaban todo temor, y su expresión: “Paz a vosotros” les daba calma. Se cumplía Su promesa: “Pero os volveré a ver, y se gozará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo” (Juan 16:22).

A fin de que los discípulos pudieran gozar de esta bienaventurada seguridad, Él “se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días”. Así, ellos fueron testigos de su resurrección, los testigos más dignos de fe que se pueda imaginar (Hechos 1:22).

Y ahora, la gracia de Dios nos ha concedido creer en Él “por la palabra de ellos”. Un conjunto de testimonios revestidos de la perfección divina, atestados no sólo para nosotros, sino también para el mundo entero: que Cristo “resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras” (Juan 17:20; 1.ª Corintios 15:4-8).

*Jesús resucitó,
¡a él sea la gloria!
A los suyos se presentó;
a los suyos, tardos para creer.
Viendo sus manos, su costado,
emotivas heridas,
ellos oyeron entonces
la voz que conforta.*

(Traducción literal)

(M.E. 1995-1996)

(Continuará)